

PASO DE PEATONES

Tuviste un amigo y le pusiste por nombre “Paso de peatones”. En realidad el nombre llegó antes que tu amigo. Lo oíste pronunciar en una tarde de sábado, soleada y ventosa, y se quedó grabado en tu memoria. Una voz anónima llamando y nada más. Tu amigo apareció mucho más tarde. Todavía puedes recordar algunos detalles, no demasiados, porque el tiempo ha borrado o difuminado parte de ellos, posiblemente los más superfluos, o al menos eso te gusta pensar.

Tuviste un amigo y le pusiste por nombre “Mi alma gemela”. Tardaste en encontrar un nombre apropiado, porque los pocos que conocías no te gustaban. Para un perro es difícil poner nombre a una persona y además nunca estás seguro de que realmente lo entienda. Los ladridos y las voces humanas no se parecen en nada y ellos tienen bastantes más dificultades que vosotros para entender un lenguaje que no sea el suyo, e incluso con el propio suelen tener graves problemas.

No estabas pasando por tu mejor momento. Te encontrabas en ese instante de la vida en el que parece que el mundo se ha olvidado de ti. Soledad, tristeza, abandono. Usabas distintas palabras para tratar de explicártelo a ti mismo, pero ninguna acertaba a describir exactamente tus sensaciones. Tenías trabajo, algunos amigos, techo y comida; sin embargo, apenas cumplían su papel. Tu trabajo era aburrido e inestable; te llamaban de vez en cuando y no tenías otro remedio que acudir porque te permitía comer y pagar el alquiler del piso; no eras muy exquisito y te conformabas con casi cualquier alimento y el piso, modesto y sin ascensor, no pasaba de ser un lugar de espera. Los amigos, por su parte, no eran capaces de llenar esa palabra; ninguno era familia y quizá conocidos sería más apropiado para intentar describirlos.

No estabas pasando por tu mejor momento. Habías vivido en un piso sencillo de una pareja que te había adoptado con mucha ilusión, pero después de muchos años en su compañía te abandonaron cuando los niños empezaron a estornudar. El dictamen del médico de la familia fue inequívoco: los dos tienen alergia a los perros y será mejor que de momento prescindan de su mascota. Te diste cuenta de que la mascota eras tú cuando el sábado por la mañana te llevaron a un sitio lleno de seres de tu misma especie y te dejaron allí. Pasado algún tiempo, explorando el recinto encontraste un hueco y escapaste. Perdiste techo, comida y amigos, pero a cambio experimentaste por primera vez en tu vida lo que es la libertad.

Deambular se había convertido en tu principal actividad. Cuando no tenías que trabajar paseabas por la calle atento al mundo que te rodeaba, captando retazos de conversaciones ajenas, imaginando la historia de las personas hilada a partir de algunas palabras sueltas y aguardando a

que alguien se dirigiera a ti, pero lo único que conseguías era que te preguntaran por alguna calle o por el estanco más cercano. Eso es señal de que me ven como una persona amable y que conoce el barrio, te decías a ti mismo, y de que tal vez nos volvámos a encontrar y entonces intercambiaremos un saludo. Pero nunca ocurría.

Deambular se había convertido en tu principal actividad. Recorrías la ciudad buscando comida, amigos y un sitio para cobijarte y pronto descubriste el lado amargo de la libertad que se llamaba soledad. La falta de amigos era sin duda lo peor; estabas acostumbrado a las personas pero ahora pasaban de largo. Si te cruzabas con otros perros algunos dueños te acariciaban fugazmente e incluso a veces te preguntaban si estabas sólo o perdido, pero tus ladridos sólo conseguían asustarles y muchas veces huías temiéndote lo peor.

Era verano y hacía calor. Sentado en un banco del parque cercano a tu piso, modesto y sin ascensor, pero con un pequeño vergel que se podía atisbar desde una esquina de la ventana de la cocina, notaste que alguien husmeaba en tus sandalias. Una sensación húmeda recorrió primero tu tobillo derecho y después el resto del pie. Era él. "Paso de peatones" te observaba serio, esperando que su gesto tuviera respuesta. Instintivamente miraste a tu alrededor buscando a su dueño, pero el parque seguía vacío. Seguro que pronto aparecerá, te dijiste, y te limitaste a devolver el saludo posando con cuidado tu mano en su cabeza.

Era verano y hacía calor. Había una persona solitaria sentada en el banco del parque que solías frecuentar y que descubriste una noche de cielo estrellado. Te acercaste y empezaste a lamer su desnudo tobillo derecho, siguiendo después por el resto del pie que dejaba descubierto una vieja sandalia. Después le miraste tranquilo a través del flequillo que ocultaba en parte tus ojos y que no mejoraba tu triste aspecto, esperando una respuesta que no acababa de llegar. Sin embargo, al final una mano temblorosa se apoyó en tu cabeza.

Era un perro de edad indefinida, de raza indefinida y de aspecto difícil de describir. No es que pareciera agresivo, ni dispuesto a morderte, pero para acariciarle tuviste que armarte de valor. Nunca antes habías tenido contacto con animales y no sabías qué más podías o debías hacer.

Era una persona de edad indefinida, de aspecto difícil de describir pero su mirada decía algo que tu podías fácilmente entender. Su mirada trasmitía una clara señal de búsqueda de compañía, de necesidad de entablar contacto con otro ser vivo, sin duda atenta para encontrar cuando apareciera ese alma gemela que todos tenemos derecho a soñar.

Pasaba el tiempo y no acudía nadie. Este perro, pensaste, no tiene dueño. Volviste a mirarle y te atreviste a mover un flequillo rebelde que ocultaba unos ojos de color turquesa que te

atraparon con su mirada. Al instante, su lengua recorrió tu mano y un lazo invisible os unió para siempre.

Pasaba el tiempo y no acudía nadie. La misma mano volvió a tu rostro y apartó el flequillo que cubría tus ojos y tu mirada se posó limpiamente en unos ojos de color turquesa que quedaron atrapados en ella. Al instante, tu lengua recorrió su mano y un lazo invisible os unió para siempre.

Abril de 2016

Fdo.: Moratones